

RESEÑAS

Federico Guzmán Rubio, *El miembro fantasma* (México: Los libros del perro, 2021), 320 pp.

RECEPCIÓN: 1 de diciembre de 2021.

APROBACIÓN: 10 de enero de 2022.

DOI: 10.5347/01856383.0142.000305350

Si bien en libros anteriores —editados en España y escasamente difundidos en nuestro país, como la colección de cuentos *Los andantes* (2010) y la novela *Será mañana* (2012)— Guzmán Rubio (Ciudad de México, 1977) había demostrado ya su talento para contar historias dotadas de tramas complejas, escritas con un estilo que combina con soltura la riqueza semántica del discurso figurado con la aparente sencillez del relato oral, apenas ahora, gracias a la publicación en México de *El miembro fantasma*, nuestra comunidad lectora tiene acceso a una obra narrativa del escritor capitalino, a quien se le conoce actualmente, sobre todo, por los textos de crítica literaria que publica en el suplemento El Cultural del periódico *La Razón de México*.

El miembro fantasma es una crónica ensayística (o bien, un ensayo codificado mayoritariamente como narración) integrada por tres relatos de viaje, prácticamente de la misma extensión, dispuestos en orden cronológico inverso: “Voces de El Salvador” (enero de 2020), “Los papeles de Montevideo” (julio de 2019) y “El tren de Buenos Aires” (julio de 2018). Cada uno de estos viajes representa para el autor una incursión no solo en la geografía, sino sobre todo en la cultura, la literatura y la historia reciente de El Salvador, Uruguay y Argentina, tres países latinoamericanos marcados, en las postrimerías del siglo xx (aunque no exclusivamente durante ese periodo), por la violencia política debida a la guerra civil o a la acción represora de regímenes dictatoriales, una violencia llevada en los tres casos, en mayor o menor proporción de víctimas, al extremo del crimen de lesa humanidad.

Predomina en el libro la voz del autor en primera persona, aun cuando Guzmán Rubio practica una generosa política de concesión de la palabra en

diversos pasajes de los relatos, en los que invita a hablar a personas con las que se encuentra en los lugares que visita y a quienes entrevista de manera espontánea, o transcribe voces populares que suenan en la radio, o se manifiestan por escrito en las páginas públicas de las paredes urbanas o bien cita oportunamente a escritores nativos de los países visitados, e inclusive, en un momento climático de la primera crónica, entrega la voz narrativa a su esposa,¹ relatora del encuentro inesperado de la familia con una anciana, superviviente de una masacre perpetrada por el ejército salvadoreño cuatro décadas atrás, en las cercanías de la Cueva del Murciélagu, legendaria sede de la clandestina Radio Venceremos, la radio guerrillera del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional.

Ya se trate de reconstruir la historia de la guerrilla salvadoreña narrando la de su poderoso y versátil órgano de comunicación radiofónica, o de trazar un perfil del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros a partir de los testimonios orales de ciudadanos del Uruguay contemporáneo, o bien de intentar comprender, en un ejercicio de solidaridad retrospectiva, las secuelas traumáticas que sobre la sociedad argentina actual dejó la política de violación sistemática de los derechos humanos practicada por el aséptica y macabramente llamado Proceso de Reorganización Nacional entre 1976 y 1983, en cualquiera de estos casos la motivación subyacente del autor para visitar esos países y escribir la crónica de sus viajes es de orden ético: “¿Por qué viajar para ver los restos del horror y por qué escribir sobre lo que veo? [...] Justamente por eso, porque los conozco, porque me incomodan, porque me intrigan, porque me espantan y porque quiero saber qué significan para mí” (239). En este orden de asuntos, el autor aboga por la fuerza terapéutica de la memoria histórica en la misma medida en que se apesadumbra cuando constata la existencia de discursos y actos colectivos de oposición a esa terapia —como la construcción de un resort de lujo sobre una fosa común de guerrilleros del FMLN o la de un centro comercial sobre las ruinas de la Penitenciaría de Punta Carretas en Montevideo— que apelan a la amnesia (selectiva o total) y contribuyen a perpetuar el daño causado por la violencia política —así como la proclividad a repetirla— por la vía de decretar la inexistencia de la herida y, en consecuencia, negar la necesidad de un proceso restaurativo psicosocial:

La nostalgia es lo opuesto a la memoria: la primera se regodea en la idealización de un tiempo e intenta recrearlo mediante artimañas sentimentales [...] mientras que la memoria, paradójicamente, recuerda de forma ininterrumpida para enterrar

¹El viaje por El Salvador ocurre en el marco de unas vacaciones familiares, a diferencia de los otros dos, empresas individuales.

y al fin olvidar [...] Quienes niegan, por más que finjan olvidar, siguen atrapados en un pasado que no repudian y que no pretenden interrumpir para tomar un nuevo camino; quienes recuerdan, muy al contrario, lo hacen para enfatizar la necesidad de transformarse [...] los guardianes de la memoria miran hacia el futuro, mientras que los negacionistas siguen atrapados en un pasado que no les molesta que siga ocurriendo. [171-172]

Ahora bien, el motivo de la reminiscencia saludable, de la reconstrucción narrativa de una época de la historia latinoamericana —marcada por el exterminio de la utopía política— en la forma de una crónica del destino de sus protagonistas y víctimas (“¿Quiénes fueron los tupamaros?”, por ejemplo, es un *leitmotiv* que recorre las páginas de “Los papeles de Montevideo”),² no es el único que impulsa la escritura de Guzmán Rubio. Un motivo paralelo al anterior, e igualmente poderoso, es la “fascinación por esa edad de la cultura latinoamericana que va, por decir algo, de la publicación de *Ficciones* en 1944 a la de *Cien años de soledad* en 1967. Son poco más de veinte años en los que se escribieron grandes libros, muchos más allá del ya algo insoportable *boom* pero también incluyéndolo. Pero más allá de estos libros con los que crecí, me interesa la trama cultural que hizo posible su existencia y su difusión” (242). En efecto, *El miembro fantasma* es un elocuente testimonio de esta fascinación: desfilan por las páginas del libro episodios de semblanza autoral y ejercicios de crítica y hermenéutica literarias de la obra de no pocos escritores: Roque Dalton, Claudia Hernández, Horacio Castellanos Moya, Felisberto Hernández, Juan Carlos Onetti, Haroldo Conti, Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo, Rodolfo Walsh, entre otras figuras no tan canónicas. Seguramente, el segundo de los tres relatos es el que Guzmán Rubio dedica con mayor ahínco a la exploración de esa “trama cultural”: los “papeles” montevideanos a que alude el título de la crónica no son otros que los 1676 números del mítico semanario cultural y político *Marcha*, una parte de los cuales compra el autor desde su hotel en diversas transacciones en Mercado Libre Uruguay,

² Del repertorio de las respuestas emerge una figura multifacética: “Unos pibes que querían cambiar el mundo” (104); “Unos pendejos que quisieron jugar a la revolución con quien no tenía ganas de jugar” (115); “Los últimos guerreros que hubo en este país [...] ahora están muertos o son políticos” (130); “Unos locos que robaban a los ricos para dárselo a los pobres [...] como Robin Hood, pero con mate, sandalias y en la Rambla” (137); “Unos artistas; los primeros y los únicos que han hecho auténticos performances en el Uruguay” (150); “Pregúntale a los de la librería; ellos saben de esas cosas y hasta te pueden recomendar un libro” (161); “Somos unos sobrevivientes de un mundo que ya no existe, y esperamos la muerte leyendo viejas revistas literarias” (166); “Prefiero no responder” (180); “Unos asesinos” (185).

para leerlos en una encerrona en su habitación.³ Así pues, en estas páginas dedicadas a narrar su lectura de otras —en las que, a su vez, se despliega la historia de las letras latinoamericanas de posguerra—, la escritura del autor articula una compleja superposición de sujetos de la enunciación, una especie de polifonía ensayística y narrativa que se convierte, durante el tiempo de su lectura, en una experiencia de comprensión cultural y deleite estético notables. A manera de ejemplo de esta superposición de voces, personas y personajes, me permito evocar un pasaje en el que, tras encontrar un cuento de Onetti en un número de *Marcha*, Guzmán Rubio, escritor mexicano, encerrado en un cuarto de hotel en Montevideo, evoca cómo el autor uruguayo inventó a Juan María Brausen, y cómo Brausen, escritor imaginario, al narrar en *La vida breve* las historias de sus habitantes erigió la ciudad ficticia de Santa María, en uno de cuyos irreales edificios, cierto día indefinible, acodado en la ventana de su consultorio, el doctor Díaz Grey miraba correr el Río de la Plata, “ni ancho ni angosto, rara vez agitado; un río con enérgicas corrientes que no se mostraban en la superficie” (142) y lo miraba y aún lo mira correr mientras, acodado en la ventana de papel de una página de Onetti, Federico Guzmán lleva en su relato esa escena literaria de contemplación fluvial a la ventana de nuestra mirada lectora, escena sobre la que comenta: “Por supuesto, Santa María es un estado de ánimo, pero es mucho más que eso: Santa María es ante todo el inconfundible estilo de Onetti. Ese río que tiene ‘enérgicas corrientes que no se mostraban en la superficie’ y que discurre lento, casi sin olas, podría ser una descripción de la prosa del uruguayo” (*ibid.*).

En suma, *El miembro fantasma* es mucho más que un libro de viajes, y su autor, una figura bastante más compleja que la de un paseante culto y curioso: la suma de los tres relatos conforma un texto con varias capas de codificación, similar a un palimpsesto: la más superficial de esas capas es la del relato en presente de los sucesos ocurridos *in situ* en los lugares visitados; capas más profundas son las ya reseñadas pesquisas reconstructivas de la historia política y del tejido cultural de Latinoamérica a fines del siglo xx. Hay, con todo una capa ulterior de sentido, más íntima, de orden personal y familiar, que logramos conocer porque el propio Guzmán Rubio nos lo permite: el deseo de honrar la memoria del padre —el recuerdo de su benéfica paternidad— creando, gracias a las experiencias vacacionales, pero también a las historias que se

³ Compras recurrentes y encerrona que, dicho sea de paso, despierta la suspicacia de la policía uruguaya, recelosa de que Guzmán Rubio sea un narcotraficante mexicano.

cuentan en el libro, recuerdos benéficos en su propio hijo, “pequeña memoria en formación”, dedicatario del libro:

De una manera un tanto misteriosa, como si fuera una confirmación íntima de que las cosas pueden ser distintas, me agradan los recuerdos que quedarán en Roque de este viaje. No serán muchos y serán confusos, preciosamente imprecisos, tan vagos que se confundirán con un sueño, pero desde luego serán felices. Pocos y alegres: tampoco se puede pedir mucho más [...] El Salvador, para Roque, será un recuerdo de carreteras y de aventuras turísticas, de vacaciones y de felicidad, y de ninguna manera será un recuerdo de guerra y de muerte. Y eso es algo que está muy bien. [66]

En mi opinión, este sustrato íntimo de sentido es el que confiere al libro su rotundidad comunicativa, pues, insisto, no se trata solamente de que el autor quiera regalarle a su hijo vivencias dulces de recordar, sino también un conjunto de instrumentos simbólicos —los relatos mismos, emocionales, imaginativos y reflexivos a la vez— aptos tanto para enriquecer la vida como para descifrar y arrostrar al mal por excelencia, el antropogénico. Con esto me refiero, primeramente, al disfrute de la literatura —que sabe y nutre mejor si se la lee inmersa en su hábitat social, político y cultural— y, en segundo lugar, a las reflexiones sobre la violencia política, reflexiones que con bastante frecuencia se solidarizan con los ejercicios de crítica literaria, como se aprecia en aquellos pasajes en que Guzmán Rubio se ocupa de la conducta política de los escritores, como la de Jorge Luis Borges, objeto de un inteligente y equilibrado análisis en las páginas postreras del libro.

Un último apunte: no hace falta analogarse al hijo del autor para apropiarse de la riqueza de la obra; con todo, no es mala idea hacerlo: se permite uno experimentar la lectura de *El miembro fantasma* como un generoso y afectuoso regalo.

GABRIEL ASTEY

Departamento Académico de Lenguas, ITAM